LA CRISIS EN EL LIBANO

Releyendo, por el interés de otros trabajos, las versiones literales existentes de los documentos hallados en Ras Shamra —la antigua Ugarit fenicia— se encuentran frases e incluso situaciones, que se aproximan en mucho a los actuales problemas de El Líbano. Es evidente que con esto no quiero transportar los viejos problemas y las viejas maneras de sentirlos de una sociedad fenicia a los problemas y sentimientos de una sociedad libanesa actual; sólo trato de decir que, quizás, la geografía con sus imperativos de acumulación de pueblos, religiones, y vecindades obligadas sobre un paisaje fijo, llevan a planteamientos que son próximos, o que nos parecen próximos, en el transcurso de los siglos y pese a los cambios de eje de las sucesivas civilizaciones.

La geopolítica es una realidad científica; sea llamada con ese término o con otro cualquiera. Una realidad científica no mensurable, por ahora, con símbolos matemáticos. Realidad científica exagerada en ciertos momentos de la Historia al servicio de causas exaltadas, o disminuida, en otros momentos, por el fenómeno de la reacción contra aquellas causas. Pero no por ello menos real en tanto en cuanto los continentes de nuestra Tierra sigan teniendo los perfiles que conservan desde hace bastante siglos.

La crisis en El Líbano, que en el momento de escribir estas líneas, al final de 1975, sigue en plena efervescencia, es, desde hace medio año, el acontecimiento visible más importante del mundo árabe; junto, naturalmente, con el problema del Sahara Occidental, en vías de solución, y la espectacular Marcha Verde.

En un artículo anterior dije que «si El Líbano no fuera desde siempre un país en donde los compromisos y el equilibrio son un arte, habría que pensar en el preludio de una gran guerra civil o de una partición»[1]. Guerra civil ha habido, no estabilizada en frentes

1 «Ojeada al horizonte de los últimos acontecimientos en Oriente Medio», *Revista de Política Internacional*, julio-agosto 1975.

fijos pero no por ello menos fratricida y ruinosa. La no estabilización de frentes fijos y bandos delimitados trae consigo, además de la confusión en el interior y cara al exterior, una mayor abundancia de esas lacras de todos los enfrentamientos civiles como son el crimen sin razón, o por razones personales, y el merodeo. En cuanto a la partición, en principio sugerida por algún grupo y, sobre todo, por gentes ajenas a El Líbano y no precisamente desinteresadas, gracias a Dios no se ha producido; ni parece que pueda producirse si el *pourrissement* no llega a situaciones desesperadas y extralímites provocadas desde el exterior. Parte de la mayoría silenciosa libanesa, que ha dejado de serlo, cuando ha podido, y, sin distinción de confesiones, ha dicho que estaba en contra de cualquier intento de partición. La mayoría silenciosa que, en tantos sitios, empieza a cansarse de que hablen por ella, sobre todo a tiros. El período de «las taifas» a lo chipriota no tiene razón de ser en El Líbano, porque no son como allí, etnias distintas las que se enfrentan, cada una con su nación matriz detras, sino una misma etnia (si de esto se puede hablar a estas alturas y, especialmente, en el caso de pueblos con solera de mezclas multiseculares) repartida en varias fracciones confesionales y económicas.

El arte de los compromisos y del equilibrio, a los muchos meses de comenzada la crisis y sin que se vea su final, puede parecer, en un primer análisis, más un inconveniente que prolonga el confusionismo por una especie de regateo continuo que una posibilidad de solución al estilo de las habidas antes en la historia de este país. En efecto, los mismos personajes y grupos que integran el gobierno libanés, y que tratan de buscar un compromiso negociado entre sí, son los que, en la calle y en el campo, se enfrentan armados a través de sus partidarios. Y el ejército está, en buena parte, encuadrado por profesionales que pertenecen a uno de estos grupos o, más bien, a una de estas confesiones religiosas, la cristiana; no pudiendo, por consiguiente, actuar de moderador, ni interponerse de modo eficaz, ni, en un último extremo, imponerse. E igual les pasa a las fuerzas de seguridad interior.

Están actuando en este momento en la escena ardiente libanesa una docena de opiniones interpuestas, cada cual con sus medios de expresión armados, sus pequeños ejércitos, cuya suma total supera quizás la del ejército y la policía nacionales. Por un lado —y no sin diferencias mutuas— las «Falanges Libanesas», de Pierre Gemayel, derecha maronita, cuyos efectivos, verdaderamente militares en en-

trenamiento, cuadros y potencia de fuego, son de unos diez mil hombres. Los «Nacionales liberales», del antiguo presidente de la República, luego ministro del Interior, Chamún, con una milicia de unos dos mil combatientes y una extensa red de apoyo que cuenta con bastantes miles de colaboradores; representan una derecha más moderada. El «Frente de los guardianes del cedro» —árbol símbolo de la nación, de su entidad como tal, de su antigüedad y, quizás, para este grupo, de su no arabismo— por completo antipalestinos, que actúan en la sombra y la clandestinidad, y deben contar con unos centenares de comandos ciudadanos, concretamente en la capital; son probablemente una ultraderecha desgarrada, si es que no han sido emanados —como bien pudiera ocurrir sin que se haya dicho en la prensa— de alguno de los movimientos anteriores en calidad de mano izquierda en aparente fuera de control. Y el «Ejército de Liberación Zgortiota», del antiguo ministro y diputado Tony Frangié, cristiano, localizado en la villa de Zgorta y su región, enemigo de los musulmanes de Trípoli y reivindicativo de una serie de victorias guerrilleras de estos en un pasado próximo, que consta de dos a tres mil hombres en uso y buen manejo de armas.

Por otro lado —tampoco unidos entre sí por razones obvias, aunque integren el llamado «Movimiento Nacional Libanés»— están: los «Naseristas Independientes», de Ibrahim Kulaila, partido que sigue la tendencia del socialismo árabe que indica su nombre, y que cuenta, entre la capital, Sidón y aldeas del Líbano central, con unos mil elementos paramilitares. El «Movimiento del veinticuatro de octubre», de Farúq Muqaddam, tripolitanos, musulmanes en su mayoría, autonomistas de su región y opuestos en combate a los zgortiotas; tiene varios centenares de hombres combativos, según se ha demostrado en estos meses. El «Partido socialista progresista», de componente, en su mayoría, druso, con una posibilidad de movilización de tres a cuatro mil combatientes duros como siempre lo han sido los de esta comunidad (los drusos habitan, según es sabido en El Líbano, en torno a Damasco, en las montañas de Hawrán, en Israel; son descendientes probables de antiguas etnias refugiadas no árabes —se dice que, incluso, de los cruzados— y practican una forma muy heterodoxa del islam, de forma ismailí, que fue fundada o difundida por el Jalifa fatimí egipcio, misterioso y gran desaparecido, Al-Hakim, avatar de Dios para los drusos quienes, lógicamente, creen en los consiguientes avatares de todos los seres humanos, o reencarnación), y que, bajo este nombre moderno de partido a la izquierda, dirigido

por Kamál Gumblat, lo que encierra más es el sentimiento comunitario de este grupo independiente, el cual, a lo largo de la Historia de oriente, ha dado figuras importantes hasta en la época moderna del Renacimiento («Nahda») intelectual y político de los pueblos de lengua árabe. No obstante lo dicho, Kamál Gumblat es el gran jefe de la izquierda libanesa; lo que es natural dada la fuerza de su partido, su cohesión y peso numérico, mayores que los de los otros partidos progresistas del país; sin que tampoco debamos olvidar que las figuras drusas antes aludidas, del Renacimiento y anteriores, estuvieron siempre del lado avanzado de sus momentos históricos respectivos. Otro partido es el «Nacional Social», antiguo «Popular sirio», hoy muy descompuesto, de tendencia unionista con la República vecina, y que cuenta con unos mil combatientes. Los dos partidos baasistas, prosirio y proiraquí, con la misma comunidad ideológica y la misma rivalidad violenta que los Baas sirio e iraquí en el gobierno; no son claros sus efectivos paramilitares. El «Partido Comunista Libanés», prosoviético, dirigido por Nicolás Chawy, presenta una fuerza armada pequeña pero, es de suponer que, cohesionada; evidentemente no responde a ninguna confesión religiosa y sus miembros son tanto de origen cristiano como musulmán. La «Unión de la fuerza del pueblo obrero», dirigido por Kamál Chatila, de predominancia originariamente musulmana sunní, con varios, e indeterminados, centenares de hombres armados en Beirut. Y la «Organización de la acción comunista libanesa», cuyo jefe visible es Muhsen Ibrahim, aliada o dependiente, del PCL., y con fuerza armada efectiva en barrios de Beirut y Trípoli. Todas estas organizaciones progresistas o de marcada izquierda se alinean del lado de la OLP palestina, de sus centenares de miles de refugiados en el país, y de las fuerzas armadas de ésta; por convicción y por táctica política; tratando de que la balanza libanesa se incline decididamente del lado de la lucha contra Israel, y tratando, qué duda cabe, de utilizar el peso palestino para vencer en la lucha interna de *status* económico —más que nada entre comunidades, y, con ello, lograr la reestructuración del Estado.

Aparte de estas organizaciones y grupos, que responden a constantes propiamente locales y libanesas, a ideologías árabes (naserismo, Baas, unión con Siria), y a constantes mundiales (partidos comunistas), es evidente que otras fracciones, por mínimas que sean, hay actuando en beneficio de las aguas revueltas, políticas y no, independientes o teledirigidas por los intereses de otras naciones. Y la misma OLP, como es sabido, no es un bloque monolítico, sino un

compuesto, con un fin común, de tendencias varias dotadas de simpatías varias y conexiones efectivas (que han llegado a llamarse obediencias: caso de las fuerzas militares palestinas con supervisión siria y emplazamiento cerca de la frontera libanesa) con otros países e ideologías.

Las circunstancias de esta guerra civil de calle a calle, conquista de un edificio desde el que se dominan los demás, corte de barrios y de puntos clave de comunicación —carreteras y vías al aeropuerto, a fuera de la ciudad, al puerto— verdadero ejemplo todo ello (¿y campo de experimentación?) de guerra urbana, caso que es de Beirut, incluso de Trípoli; o de guerra entre puntos urbanos, corte de comunicaciones interregionales, guerrilla campesina, es decir fraccionamiento y *paralización del país, con tendencia a provocar* la autarquía regional y la autogestión a escala, incluso, mínima, provocan, como es natural, en el combatiente y en el que no lo es un estado de tensión continua, angustia y frustración los más graves para la salud de la sociedad libanesa y su mosaico; sin que exista, por el momento, un vislumbre de esa posibilidad, siempre extrema, y nada deseable en un Estado de hecho federal, de un golpe de fuerza e imposición por parte de una de las fracciones o coalición de fracciones que trajeran su orden.

Hasta aquí las coordenadas de un primer análisis de superficie (en realidad los datos son aún más complicados y sus ramificaciones muchas), en el que parece —como he dicho antes— que el arte tradicional de los compromisos y del equilibrio no solamente ya no sirve, sino que perjudica, con su perduración, la necesaria reforma constitucional y social que necesita el país camino de su futura existencia como tal y de la paz. La reforma, en efecto, es necesaria, y pedida, con progresiva insistencia, por sectores amplios de la población *comprometida en la lucha y por la mayoría silenciosa que la sufre.* Pero en un segundo análisis —también de superficie— resulta que, seguramente para alcanzar ese momento óptimo de iniciar la reforma (unos meses, al menos, de orden, recuperación económica básica y disminución de la angustia) es necesario mantener el juego de los pactos y de los compromisos. Ahora más que nunca El Líbano depende, para seguir siendo El Líbano, de ese arte.

A los ojos políticos de las potencias occidentales una ruptura del equilibrio libanés en favor del lado no cristiano (fundamentalmente), mucho menos prooccidental, no es pensable. Surgiría, entonces, una república a la manera de las repúblicas árabes circundantes; de tipo

progresista y afín con éstas en su abanico de políticas. Parece lógico que en esta nueva república, la resistencia palestina tendría un mayor peso e intervención, colocando al Estado en una posición decidida y activamente antiisraelí. Pero esta especie de Estado libano-palestino, en el que la resistencia, por ser fuerza operativa y agrupada en torno a unos ideales revolucionarios, habría de cantar más alto, tampoco puede gustar, como perspectiva, a los países árabes conservadores. En el supuesto de una partición, ésta supondría, a la corta, un nuevo Vietnam, posibilidad que a ninguno de los países mediterráneos debiera agradar, ni a ninguno de los directamente presentes en el «ombligo del mundo» por los peligros que encierra. Una de las razones de la apertura, en París, de la oficina de la OLP, es precisamente el deseo de Francia, nación mediterránea muy vinculada a los maronitas, de aliviar la presión de los palestinos en El Líbano, llevándolos, quizá, como viene ocurriendo en estos últimos tiempos, a ser elemento moderador más que peso en uno de los dos lados.

Y siguiendo con las especulaciones de los «posibles» podemos pensar que, tanto la transformación del actual Estado en otro con predominio musulmán (por definirlo con estos términos religiosos que, vuelvo a repetir, no son los más exactos, siéndolo los de acceso al nivel cultural, poder adquisitivo, control de riqueza y puestos administrativos, etc., es decir socioeconómicos), como la creación de un Estado musulmán y otro cristiano, llevaría muy posiblemente al musulmán a un entendimiento muy estrecho con Siria, tan estrecho como la confederación o la fusión. Lo que tampoco puede entusiasmar a otros países árabes vecinos y no, incluso progresistas, e incluso baasista como el Iraq, en pugna de vecindades e interpretación de ideología con Siria.

Pero la guerra continúa. A la hora actual, en que las tensiones sobre el Golán son fuertes y no ha habido un acuerdo de principio entre Siria e Israel, como lo ha habido entre Egipto e Israel, la presencia de un foco ardiente en las fronteras sirias —foco y cáncer— sirve indudablemente para que parte de la atención de este país deba centrarse obligada en El Líbano; aliviando, así, un poco la caldera de una posible nueva guerra sirio-israelí, guerra que, de producirse, trastocaría de modo definitivo, o grave, el equilibrio que se intenta establecer en la zona. Supone, además, el conflicto civil libanés, la creación de una especie de frente de retaguardia, militar y responsabilidades, para la resistencia palestina, restándole por consiguiente medios y actividad. Todo esto sin contar con que los capitales y los

negocios tradicionalmente asentados en El Líbano, causa de su prosperidad, se van; alguno lejos, pero muchos en busca de una paz próxima, lugar nuevo en donde desenvolverse que coincida con ser terreno apropiado para el turismo de proximidades y fin de semana —lo que era El Líbano hasta ahora— o sea buen caldo de cultivo para negocios y sitio de reposo y esparcimiento. Las ciudades árabes que hereden a Beirut en este sentido habrán de conocer, sin duda, un mayor movimiento vital y prosperidad.

Por lo tanto, nos parece que El Líbano está entre la espada y la pared. Su sistema de equilibrios internos le perjudica en cuanto a su propio futuro, pero este sistema le salva, ahora, dándole la seguridad de poder tener un futuro; mientras que sirve para descargar aquí presiones de otros lados. Un equilibrio inestable siempre es susceptible de ser objeto de negociación, tanto para lo que representa el equilibrio en sí como para otros juegos exteriores. Ojalá, como dijo el patriarca maronita, la sangre vertida sirva «como sacrificio por la existencia de El Líbano: y por lograr una mayor paz en la que pueda desenvolverse, el día de mañana, la justicia necesaria».

Rodolfo GIL B. GRIMAU